



ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social
FUNLAM

EL APRENDIZAJE ESCOLAR Y SUS DIFICULTADES: UNA LECTURA PSICOANÁLITICA

Cruz Elena Vergara Medina
Egresada del Programa de psicología
FUNLAM

“Aprender a nadar es agradable y beneficioso y puede salvarnos la vida; pero la mayoría de las personas se muestran muy inquietas cuando comienzan a aprender”. B. Bettelheim

Aprender a leer y a escribir...qué problema.

¿A quién y cuántas veces, se le ha ocurrido detenerse a pensar en lo complejo que resulta descifrar los códigos de la escritura?

“Aprender es fácil, es solo cuestión de voluntad, hay que poner atención, ¿cómo las canciones sí se las aprende?, p’ a jugar play es un volador, pero para la lectura y la escritura no le da la gana”.

Con el propósito de dar respuesta al por qué de la dificultad de algunos niños para aprender a leer y a escribir, presentaré algo de lo que dice la pedagogía, un tanto de lo que explica la psicología y un poco, pero espero sea esclarecedor, de lo que el psicoanálisis nos ofrece como salida al interrogante del que nos ocuparemos hoy ¿por qué hay niños que no aprenden a leer y escribir aunque no exista evidencia cognitiva que lo impida?

Primero: aportes de lo pedagógico.

Para la escuela, enseñar a leer y a escribir se convierte en su función primera; una escuela que logra que sus alumnos escriban y lean *de corrido*, en primer año básico, o mejor aun en preescolar, es una institución que califica para ser considerada de “alta calidad”. Par tal fin, las instituciones educativas eligen un modelo pedagógico, es decir, un modo de transmitir su filosofía y a la vez, un modo de enseñar.

La escuela cómo bien sabemos, cumple una función social en tanto es representante de la cultura; la cual le ha delegado la misión de educar, y para educar, la escuela prioriza la enseñanza. ¿Pero de qué enseñanza se trata? De la enseñanza de los números, las matemáticas y las ciencias en general, convirtiéndose el aprendizaje de las letras en la vía de entrada al dominio de las ciencias. Primero el niño tiene que leer y escribir si quiere saber qué comen en África, cómo vuelan los aviones, por qué la luna sale de noche, etc.

Para que el niño lea y escriba, el maestro adopta una propuesta pedagógica, la cual obedece a unos estándares para todos, es decir, se enseña a leer y escribir, del mismo modo a todos; bien sea desde un enfoque constructivista, por medio de actividades como la palabra generadora¹ o desde un modelo tradicional, donde se enseña con método silábico-alfabético: “*la eme con la a suena ma*”, u otro cualquiera sea.

Unos y otros, se implementan con el propósito único de que los niños aprendan y un niño que aprende da cuenta de un maestro que enseña bien y por supuesto de una “buena escuela”.

Para que los niños aprendan las letras, es importante que cumplan ciertos requisitos, como poseer conciencia fónica, (es decir capacidad para discriminar sonidos, capacidad de descifrar símbolos dentro de un contexto, etc), poseer habilidades motrices, como uso adecuado de pinza manual, identificar derecha e izquierda, reconocer límites espaciales, gráficos, entre otros.

Cómo estrategia, se recurre a la imagen, el sonido, a apoyos didácticos como el tablero y en el mejor de los casos se ofrece la exploración ambiental,

¹ A partir de una frase o una palabra, construir otras, descubrir la parte en el todo.

brindando revistas y libros para que el niño recorte, pegue y arme palabras y frases.

Segundo: aportes de la psicología.

Para la psicología, es claro que un individuo aprende en tanto sus dispositivos básicos funcionen adecuadamente; por dispositivos se reconocen los procesos cognitivos relacionados primordialmente con la función ejecutiva, definida ésta como “un término amplio, que incluye aspectos como la capacidad de filtrar la interferencia, el control de las conductas dirigidas a una meta, la habilidad de anticipar las consecuencias de la conducta y la flexibilidad mental; también incluye la moralidad, la conducta ética y la autoconciencia”².

A partir de los avances de la exploración cognitiva, se evidencia que aspectos como la memoria, la atención, las gnosias, las praxias, y la misma motivación, se convierten en prerrequisitos para el aprendizaje; prerrequisitos que ocupan un lugar en el organismo del niño, en su cerebro. En consecuencia encontramos niños, que culpan a su “cabeza de su no aprendizaje”.

Visto así, bastaría con fortalecer dicho proceso para que el niño aprenda; no obstante, la escuela continúa sin respuesta frente al niño que no aprende. A pesar de no reportar hallazgos clínicos que expliquen su déficit para aprender son muchos los chicos que no avanzan en la escuela. Y por no aprender lo que la escuela enseña se les diagnostica bajo distintos códigos: Disléxicos, hiperactivos, niño con dificultades para el aprendizaje, etc.

Es importante señalar, que dichos diagnósticos cumplen un papel importante para intervenir pedagógicamente, pero no son suficientes para develar el por qué los niños no aprenden, a pesar de no tener déficit cognitivo ni orgánico que explique su dificultad.

Tercero: aportes del psicoanálisis.

² ARDILLA, Alfredo. Reselli, Monica. *Neropsicología clínica*. México: MANUAL MODERNO. 2007. P. 188.

Aprender, desde el referente teórico que soporta mi propuesta psicopedagógica-el psicoanálisis-, obedece al *deseo de saber*. Deseo que se opone a la pasión por la ignorancia. Recordemos que Freud, nos ha enseñado que el ser humano, ama no saber, porque saber duele. De allí que en un proceso psicoanalítico por ejemplo, emerja con fuerza la resistencia. Algo similar ocurre en el aprendizaje escolar; el niño no desea saber, porque saber tiene un costo, un costo que no todos están dispuestos a pagar, y entonces se presenta la resistencia escolar, manifiesta en trastornos y síntomas. Los mismos que en la clínica psicoanalítica se develan como una objeción del sujeto, no como una discapacidad cognitiva.

Ustedes dirán que es extraño pensar en un niño que no desee saber, siendo del orden de lo natural que éstos exploren y se empeñen en descubrir conocimientos nuevos; sin embargo, saber implica separación, renuncia y pérdida. Aprender las letras por ejemplo, implica dejar atrás la compañía de padres y maestros.

Cuando un niño lee solo, es decir, que comprende lo que lee, puede descifrar sin ayuda del Otro la tarea, significa que ha crecido y crecer si no lo recuerdan tiene sus consecuencias; se obtiene una ganancia pero a la vez hay una renuncia.

Dejar de ser el niño que necesita del Otro para hacer la tarea, cuesta. Pues el Otro, en tanto sabe de lo que el niño carece, le garantiza su presencia y en un comienzo lo que el niño pide precisamente es eso: presencia, acompañamiento, suplencia: que la madre le supla su falta de saber de las letras, *que mamá lea y me diga. Así garantizo su permanencia a mi lado, no sea que cuando aprenda por mi solito, mamá ya no esté.*

Partamos de una premisa, de la cual me serviré para conducir la propuesta de intervención psicopedagógica desde el psicoanálisis: saber y conocimiento, no son equivalentes, aunque es precisamente por la vía del saber que se llega al conocimiento. Decir que saber no es conocer, significa que del lado del saber emerge el ser del sujeto, y del lado del conocimiento se ubica la ciencia, la cual padres y maestros se esfuerzan por transmitir al niño.

No obstante esa transmisión no es fácil, es bastante compleja, está cargada la más de las veces de tropiezos y angustias.

Esa angustia ante el no aprendizaje de los niños, obedece en muchos casos al desconocimiento de la dimensión subjetiva en éstos. Los adultos olvidan fácilmente lo complejo que es enterarse de aquello que aunque se necesite no se desea saber; leer y escribir es necesario, pero la necesidad no es suficiente para lograrlo, se requiere del deseo, y el deseo como bien lo expone Annié Cordié, en su texto sobre los Retrasados no existe, *No se obliga, no se impone, el deseo y el amor no se ordenan*.

Para acercar al niño al deseo de saber, revisemos en breve algo sobre la propuesta de Freud, de concebir al maestro como un mediador que acerca o aleja al niño de la ciencia, veamos:

Freud, en sobre la psicología del colegial nos devela como en la relación entre maestro alumno, emerge una corriente a la que él llama *subterránea*, la misma que posibilita o no el encuentro del aprendiz con lo que enseña su maestro: la ciencia. Es por la personalidad del maestro, dice Freud, que el alumno se acerca o se aleja del conocimiento; en tanto a éste se accede vía el deseo de saber de eso que su maestro enseña. Y agrega, que un maestro no es cualquiera para el niño, es una figura representativa, significativa, es a quién se le otorga el lugar de sucedáneo del padre.

¿Pero qué significa que al maestro se le de lugar de sucedáneo del padre? ¿Y esto qué relación tiene con el deseo de saber en el niño? Digamos que este lugar se convierte en prenda de garantía para que el niño se inscriba en el lenguaje, en el discurso de la ciencia y de lo social; un maestro a quien el niño reconozca como un ser humano admirable, amable y reconocido en su saber, hace que psíquicamente el niño pueda desear ser como él, así como en su momento ha deseado ser como el padre.

Recordemos que para el psicoanálisis, el sujeto existe en la medida en que es nombrado, es decir su existencia en el lenguaje le otorga la posibilidad de existir y de hacerse a un lugar en el mundo. Ese lugar se construye a partir

de las identificaciones a las que el niño accede en el discurso de sus padres y maestros.

Aquí el asunto se complejiza un poco, en la medida que no basta con que al niño se le nombre como el inteligente o el fracasado para que aprenda o no. Se trata de develar el lugar que el niño ocupa en el deseo de padres y maestros; es decir que podemos encontrar madres que dicen “lo único que quiero es que mi hijo aprenda y sea independiente”, lo que no garantiza que en efecto ese sea su deseo; de modo consciente sí, pero a nivel subjetivo, es posible que su deseo sea a la inversa: *que no aprenda y así garantizo que me necesite*.

Con esto no quiero decir que siempre opere del mismo modo; es solo una manera de alertar a los maestros, sobre el psiquismo humano, y de la importancia de escuchar un poco más allá de los síntomas que aluden a posibles dificultades de aprendizaje, de dislexia, de digrafía o de discalculia.

Escuchar al niño en sus errores de lectura y escritura, implica reconocer su subjetividad, ese lado especial del sujeto del que solo se da cuenta a partir precisamente del error sin intención. Lacan, en uno de sus escritos (lo retomo de Annié Cordié en los retrasados no existen), dice que un sujeto es inteligente cuando es capaz de leer entre líneas.

Resulta paradójico, que a un niño que se equivoca leyendo y en lugar de leer mamá dice mano, por padre lee papá, carro por auto, se le tilde de “ELEVADO”, “INATENTO”, “DESPISTADO”, en lugar de servirse de su “equivoco”, como un pretexto para conocer más de su subjetividad.

Cerraré con un caso tomado del texto de Bruno Bettelheim, sobre aprender a leer, con el que podemos ilustrar el modo como en una alteración en la lectura, un chico da cuenta de su historia familiar, y de su tramitación subjetiva:

“un muchacho estaba leyendo una historia sobre un chico que quería crecer y cuya madre trazaba líneas en la pared para demostrarle que realmente crecía. En esta historia no se hacía alusión alguna al padre. Al leerla el muchacho hizo

sustituciones. También insertó palabras para que el texto resultara más interesante o para satisfacer sus necesidades. Un ejemplo especialmente revelador fue que añadiera “y el padre” a la oración: “y la madre de Will dijo...”³

Aclaremos que el padre de éste chico, desde el divorcio, se había alejado de él, de la escuela y de su vida familia, social y escolar. Él con su lectura hace aparecer al padre; pero el maestro le señala “tienes que concentrarte”; y Bettelheim, insiste que es precisamente su concentración, la que le permite traer al padre a su relato.

Lamentablemente encontramos con frecuencia, que quienes se dedican a la enseñanza de la lectura y la escritura, invierten sus esfuerzos en que los niños lean con fluidez, cuidando la calidad y evitando al máximo los errores; olvidando que un equívoco, una omisión, una sustitución o un anexo, da cuenta de la vida psíquica del niño, de su dimensión subjetiva, la misma que debemos privilegiar si en realidad queremos garantizar aprendizajes efectivos, placenteros, y significativos.

BIBLIOGRAFIA.

BETTELHEIM, Bruno. Aprender a leer. Barcelona. Ed : critica. 1983.

CORDIÉ, Annié. Los retrasados no existen. Buenos AIRES. Siglo XXI. 1994

FREUD, S. Sobre la psicología del colegial. Buenos Aires. Amorrortu. 1979

³ BETTELHEIM, Bruno. Aprender a leer. Barcelona. Ed : critica. 1983. 182